

fácilmente, siendo de su naturaleza tan avarientas. De suerte que se quitaron los zarcillos que adornan las orejas, y hacen un becerro que les hincha los ojos. Pide Dios orejas, y ellos no, sino ojos. Dios el oído, porque allí entra la fe, y ellos no, sino evidencia; un Dios que se vea y toque, que al Dios de Moisés no le ven; gente que no cree sino lo que ve. Pero, dejado esto para su lugar, sintió mucho Dios tal ofensa y á tal tiempo hecha. Quiso destruirlos y decepar aquella mala casta, y estórbaselo Moisés, que, ganado ya el perdón para aquella ruin gente, bajó hecho un león, y llega adonde está el becerro y echa mano dél, hácele polvos, toma gran cantidad de agua, mézclalos con ella, llama al pueblo, y háceles beber aquella agua y polvos. Este fué el paradero de su dios hecho en casa. Tomad, bebéosle, dice Moisés; tragáos el dios que hecistes, y veréis qué operación os hace vuestro dios bebido. Bien sé que acerca deste lugar dicen diversas cosas, porque no falta quien diga que en mofa y escarnio de su desatino se les hizo beber para que después le purgasen y saliesen con el excremento del cuerpo, y esto en abominación y burla del dios que querían; porque, ¿qué cosa mas infame y afrentosa que purgar su dios? Otros dicen que tal fuerza puso Dios en aquella agua, que, bebiéndola los tocados de la idolatría, se hinchaban y reventaban con ella, como con la agua de la *celotipia*, que llamaban, que era la prueba de los celosos, como se dice en el libro de los *Números*; mas á los que no estaban untados de aquel pecado dejábalos libres. A Filon, doctísimo y contemporáneo de los apóstoles, le parece, y lo tiene por cierto, que, bebiendo los delincuentes idólatras el agua, se les hendía la lengua, y á los no culpados les resplandecía el rostro. Sea lo que fuere, que para nuestro propósito bien basta que no haya querido Dios que ni aun el polvo del ídolo quedase, por haber sido el que adoró y en quien pecó el pueblo incrédulo de Israel. No quede rastro del pecado ni de su ocasion. Así mandó también que dejases aquel lugar donde habían pecado; que aun el suelo que pisastes pecando lo aborrece Dios. Así que no era poco daño la desenvoltura de la Madalena, cuando los suyos no fueran pecados de obra, sino de solas apariencias y exteriores muestras. Mas, siguiendo la comun opinión y la que mas pegada va con el Evangelio, creo que, no solo paraba el daño de María en donaires y libertades de dama, sino que le llegaba á obras infames, escandalosas y de mal olor y ejemplo. Así entiende san Gregorio lo que el mismo evangelista san Lucas dice della en el capítulo 8.º, que «seguián al Señor algunas santas mujeres», entre las cuales era una María, que era llamada Madalena, de la cual había alanzado el Señor siete demonios. Este número de demonios, dice este glorioso doctor que son todos los pecados mortales; que el número de siete es perfeto, y en siete dias diferentes se revuelve todo el año, y por el mismo caso todo el tiempo y siglos del mundo; y así, se toma por todo el monton de los pecados; de manera que, según san Gregorio, no fueron verdaderos demonios los que alanzó de la Madalena, ni ella estuvo algun tiempo

endemoniada, sino que el pecado se dice *demonio*, porque hace efectos de demonio, y torna tal á una ánima, y la transforma en eso, y el pecador se llama *endemoniado*. Esta doctrina es bonísima y verdaderísima, pero no muy pegada al Evangelio respecto de la Madalena; antes bien me parece que apenas se puede negar que aquella María Madalena que dice en el capítulo 8.º san Lucas, haya sido de veras endemoniada, porque dicen así puntualmente las palabras, acabando de contar la conversión de la pecadora, con que remata el capítulo 7.º; y luego comienza el octavo así: «Y sucedió después de esto, que él caminaba por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él, y ciertas mujeres que habían sido curadas de los espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Madalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Heródes, etc.» Hasta aquí dice el Evangelista. Pues que de aquí se colija llanamente que esta tuvo demonios verdaderos, podemos proballo así: dice que le seguían algunas mujeres que habían sido curadas de los espíritus malignos, y cuenta entre ellas á María. O todas eran torpes y malas, ó sola María; si sola María, pues en unas mismas palabras y contexto las encierra á todas, agravio se les hace á las demás en contallas en el número de las ruines. Si lo eran todas, ó por espíritus malignos entiende el vicio sensual y los demás, ó los verdaderos demonios; si lo primero, no parece que lleva camino; porque, ni esto es frase de los evangelistas, ni se hallará en toda la sagrada Escritura, si yo no me engaño, dónde diga que alanzar demonios es sanar de pecados; lo segundo, no suelen los escritores sagrados tratar los milagros y obras de Dios por esas metafísicas ni rodeos; y como á la pecadora le dijo delante de Simón el Señor: «Tus pecados te son perdonados», y no tus demonios te son alanzados; y así lo escribió san Lucas; también lo dijera en el capítulo siguiente, que en solas cuatro líneas que hay de lo uno á lo otro no se había de haber olvidado tanto san Lucas de sí mismo, que lo que el Señor llamó pecados, acá se le pareciesen *demonios*; principalmente que jamás dijo que el Redentor alanzaba demonios que no fuesen verdaderos, y siempre que era perdonar pecados, usaba el Señor y sus evangelistas del término de *pecados*, como al otro paralítico que le guindaron por el techo de la Sinagoga, que le dijo: «Confía, hijo, que tus pecados te son perdonados»; y al otro de la picina: «Mira que ya estás sano, no quieras mas pecar»; y á la adúltera le dijo: «¿Qué se han hecho los que te acusaban, mujer? ¿Nadie te ha condenado?» Respondió ella: «Nadie, Señor.—Pues tampoco te condenaré yo, le dijo Cristo; véte, y de aquí adelante no quieras mas pecar.» Hé aquí á la Madalena; hé aquí cómo llanamente habla la Escritura, y hace diferencia del sanar las enfermedades del alma ó perdonar pecados, y del alanzar demonios; lo tercero, seguiríase que todas aquellas mujeres habían sido como la Madalena, pues de una misma suerte hablaba de las unas y de las otras, y esto

no se puede creer fácilmente; lo cuarto, dice que le seguían las que el Señor había librado del demonio y sanado de sus enfermedades. O por el «sanallas de sus enfermedades» entienden de sus *pecados*, como dicen los que siguen á san Gregorio, y que sea todo uno el alanzar los demonios y curar las enfermedades, ó no. Si dicen que es todo uno, será repetición por demás, pues no se declara mas lo que quiere decir por el un término que por el otro, y no hay donde los evangelistas señalen que curar Cristo las enfermedades quieran decir las del alma; antes los teólogos sacan por conjeturas y por ser conforme á la gran bondad de Dios, y porque principalmente vino á sanar almas, que á todos cuantos sanó en el cuerpo, los sanó también en el alma, y esto lo deducen por razones aparentes y que van muy parejas con el entendimiento; y no porque lo diga abiertamente el Evangelio, ni se sepa con mas certeza de la que un buen discurso pueda sacar de algunos lugares de la Escritura. Y así, dicen muchos doctores que aquel de la picina que, no sabiendo quién le había sanado ni cómo se llamaba el que le había mandado tomar su lecho á cuestras y irse á su casa con ser día de fiesta, cosa que al parecer de los judíos, que eran muy ceremoniáticos, les era pecado mortal. Y dice san Juan que, haciéndosele el Señor en contradicho, le dijo: «Ya estás sano; guárdate no peques, porque no te acaezca otra cosa peor.» Este buen hombre conoció que quien se lo había mandado era Jesús, y fué á decir á los fariseos y sacerdotes. Digo que aunque hay algunos á quien les parece que fué ingrato este contra el Salvador, pues parece que por hacer placer á los fariseos fué á acusar al Señor, con todo eso, por la mayor parte le excusan, por la razón de arriba, diciendo que ya este era bueno, pues siempre Cristo sanaba primero el alma que el cuerpo; y así, no lo hizo por ingrato ni por acusar á su bienhechor, sino por solo publicar la maravilla y grandeza de Cristo. Y parece que se saca bien de lo que el Señor le dijo: «Ya estás sano; no quieras mas pecar.» Luego, si la enfermedad había nacido de pecados, pues le dice que ya está sano, da á entender que ya no tiene pecados. Y pues le dice: «Ya no peques mas, porque no te acaezca otra cosa peor,» síguese que ya había dejado de pecar. Si dice alguno que no es todo uno, y que cuando dice san Lucas que «las curó, alanzando los espíritus malignos», se entiende de los pecados, y cuando dice que las sanó de sus enfermedades, entiéndese de las corporales; esta es diferencia voluntaria y sin fundamento en la Escritura. Así que, por estas y otras muchas razones se prueba que estas mujeres que seguían á Cristo fueron verdaderamente endemoniadas y tuvieron verdaderos demonios. Y pues entre ellas es contada la Madalena, luego tuvo los siete que dice san Lucas, como el otro que tenía una legion. Y por ventura no sería mal argumento este con otros para en favor de los que tienen que la Madalena que aquí cuenta san Lucas no es una con la pecadora ni con la hermana de Lázaro; porque muchos santos ponen tres, otros dos. Mas, como en esto va poco, y ya la comun

opinión tiene que no fué mas que una, aunque en las cosas que no son de fe ni contra toda la corriente de los doctores tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere; con todo eso, en el hablar es bien que se conforme con los mas, principalmente en cosas que ni edifican á la Iglesia ni hacen para la emienda de las costumbres, y que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas, y que las mamó en la leche. Volviendo pues adonde nos apartamos, decíamos que los pecados de la Madalena tenían mucha gravedad y peso, por ser públicos, etc. Grandemente aborrece nuestro Dios al fanfarrón de sus propios pecados; que aquéllo de que os habiades de afrentar lo tomeis por blason y timbre de vuestras armas; que hagáis gala y bizarría de vuestras maldades; que os jateis dellas. Esto da muy en rostro á Dios. Concede la hija mayor de Lot un hijo, y al nacer pónesele nombre Moab, que quiere decir *de padre*; dando á entender que era hijo de su mismo padre. Pues ¿cómo? ¿No os basta el haber cometido el pecado, embriagado á vuestro padre, concebido del mismo, sino que el hijo también lleve escrito en la frente vuestro pecado en el nombre para que no se olvide, que siempre que lo llamaren os refresque vuestra torpeza? Así dice: «Llamámele Moab, de mi padre.» *Pecatum suum sicut Sodoma praedicaverunt, nec absconderunt*, dice Dios por Isaias; Mira la maldad de los de mi pueblo, que á voz deregonero publican sus pecados; que no hacia mas Sodoma, cuyas maldades llegaban hasta el cielo. Y que si tienen una fealdad natural en el rostro ó en otra parte, procuran disimularla y la encubren con afeites y con aderezos galanos; y sus pecados, que es la fealdad verdadera, ¿esos descubran y los apregonen? A lo menos escondiéranselos, ya que no se avergüenzan de hacellos, que menos mal fuera este. Siempre la jactancia del mal y la publicidad dél pareció mal á Dios y á sus siervos. Había muerto Joab, capitán general de David, á Abner, príncipe de la caballería de Saul, y después mató á Amasa, otro capitán famoso, á quien David quería dar el cargo del ejército, y habíalos muerto á entrambos á traición; y al tiempo que David se moría, llama á su hijo Salomón y dicele: «Bien sabes, hijo, lo que hizo Joab, hijo de Sarvia, conmigo, que contra mi voluntad y sin yo sabello mató dos príncipes mejores que él, que fueron Abner y Amasa, y con color de paz derramó su sangre como si fuera en la batalla, y tiñó el tahalí con que colgaba del hombro izquierdo la espada con la sangre de los muertos, para fiereza de soldado y jactándose de valiente; pues mira, hijo, que te mando que no dejes llegar sus canas con paz á la sepultura, sino que le mates, pues mató á otros mejores que él.» Mas pena parece que le dió al buen David el blasonar Joab de su pecado y teñir el cinto en la sangre, como quien mata la caza y pone la cabeza á la puerta, que lo principal del hecho, que fué el homicidio. Y aunque sea lo que suelen decir, *Miscere sacra profanis*; Mezclar lo santo con lo profano, diré una cosa que viene muy á pelo. El poeta latino, contando cómo en una batalla había muerto Turno el Laurento á Palante, hi-

jo de Evandro, y quitándole un hermoso cinto ó tahalí, se lo había echado al hombro, dice estas palabras:

*Quo nunc Turnus ovat spolio, gaudetque politus,
Nescia mens hominum fati, sortisque futurae,
Nec servare modum rebub sublata secundis.
Turno tempus erit, magno cum optaverit emtum
Intactum Pallanta.*

« ¡Oh ignorancia, dice, del juicio humano, y ciego para su hado y suerte, y que no sabe guardar el medio en las cosas prósperas, y se desvanece en ellas! Ahora está Turno alegre con los despojos que ha quitado á Palante, y triunfa de la vitoria; pues tiempo le vendrá á Turno, cuando deseara haber comprado aquel cinto por muy caro precio, sin haber tocado al príncipe Palante. » Esto dice porque aquel cinto le fué hado mortal á Turno; que habiéndole desafiado Enéas, amigo de Palante, y poniéndole rendido, pidiéndole Turno merced de la vida con muchas palabras tristes, estando Enéas movido para perdonarle, y teniendo la espada sin ejecutar el golpe, alzó los ojos y vió el cinto al hombro, y movido á saña, díjole: « ¡Oh fiero enemigo! ¿qué misericordia puedo yo haber de tí, viéndote adornado con los despojos de mi amigo? Y pues tú no la tuviste del mal logrado jóven Palante, no es razon que la haya de tí; » y diciendo esto, le mató.

La tercera, que mucho agrava los pecados en la Madalena, es que eran escandalosos. Hay pecados que, aunque lo son, no escandalizan á nuestros vecinos, como son los que vos solo cometéis y á vuestras solas; mas poner tienda de mal vivir, estos son muy aborrecibles. Perdonado había Dios á David su pecado; pero con todo eso, le dice Natan: « El Señor te ha traspasado tu pecado (que abajo lo declararemos mas) porque has sido ocasion de que muchos ruines blasfemen el nombre de Dios; no quedarás sin castigo, que el hijo que te ha nacido morirá. Dice esto porque muchos del reino, sabiendo lo que había hecho David, cargaban la culpa á Dios, diciendo: « Oid por vuestra vida qué buen rey nos ha dado Dios. Quitónos á Saul, que nos conservaba en paz, y banos dado uno que nos mata y se nos alza con nuestras mujeres y con nuestras hijas. » Mas daño hizo Jeroboan con los becerros de oro que hizo en Israel, que con cuantos pecados había cometido en su vida. Pecados de mal ejemplo parece que los perdona Dios de mala gana. Y es porque cuando yo peco en secreto, parece que va solo por mí, que va de mí á Dios; yo daré cuenta por mí solo, pagaré por mí solo, y castigarme ha Dios á mi solo y al fin, si me condeno, condénome yo solo, no llevo gente tras mí, ni le quito á Dios mas que á mí, ni tengo que restituille sino solo á mí; mas cuando peco con escándalo ajeno; cuando, por verme pecar, muevo á otros á que pequen y les quito ya el freno de la vergüenza y pierden el miedo á Dios, entonces no solo he de pagar por mí ni dar cuenta de mí ni restituirme solo á mí, mas á los que le quité á Dios; y castigarme ha por los pecados de aquellos, como á hombre que pecó por las manos de aquellos, y como

á culpado en todos los pecados de aquellos. En el *Libro de Ester* cuenta la sagrada Escritura que, habiendo hecho el rey Asuero un famoso banquete en una huerta, donde se hallaron todos los príncipes y señores de los persas y medos y de todos los reinos y señoríos del Rey, que eran ciento y veinte y siete; y la reina Vasti, que era hermosísima, había convidado á las damas persianas y medas, que eran en grandísimo número. Sucedió que, estando regocijado y alegre el Rey al cabo del banquete, que no había bebido poco en la fiesta, parecióle que era bien que el último plato que se había de servir á los convidados fuese la vista de la reina Vasti, para que todos ellos conociesen su mucha hermosura. Para esto envióle un recado con ciertos eunucos (que era la gente de quien en aquel tiempo mas se servían los reyes de Persia, principalmente en recados de mujeres y guarda de damas). Mandábale que, vistiéndose lo mas vistoso y costoso que pudiese, y poniéndose en la cabeza una riquísima corona, cual á tan alta reina convenia, viniese á la huerta, donde le esperaba con mucho deseo de todos aquellos príncipes y señores, para que conociesen cuán bien empleada estaba la corona de reina en hermosura tan extraña. Fué este recado de mucha pena y enfado para Vasti; y no se puede negar sino que, si no se atravesara la sujecion y obediencia que deben las mujeres á sus maridos, que la Reina anduvo llanto mas discreta en no ir que el Rey en mandarla llamar; porque para la gravedad y honestidad de tan gran señora no le decia bien de ir á una huerta á ser terrero de los ojos de tantos hombres y criados suyos. Al fin determinó de no cumplir en esto la voluntad del Rey, de lo que quedó sentidísimo y estomagado contra la pobre de la Reina. Y como la cólera y el vino y la afrenta que á su parecer le había hecho, todas estas cosas juntas ocupasen á un tiempo el entendimiento de Asuero; dejándose llevar de la ira, vuelto á los príncipes, les preguntó con qué pena debía ser castigada tal culpa como la Reina había cometido delante de tantos caballeros. Ellos, que no estaban menos bien bebidos ni se tenían por menos injuriados que el Rey, respondieronle: « No solo, poderosísimo Señor, la reina Vasti ha injuriado á vuestra majestad en no haber obedecido á su mandamiento, mas á todos los estados y reinos de vuestra majestad y á los príncipes y gentes de todas suertes que están en su señorío; porque no hay que dudar sino que la Reina ha hecho daño á todas las mujeres del reino, y que con este hecho tan escandaloso ha levantado los brios y las crestas á cuantas lo oyeren, y oíránlo todas, para que en ninguna cosa obedezcan á sus maridos, y la razon es llana; porque si, siendo Vasti reina, y por eso persona pública, con mucha mas obligacion de dar ejemplo que todas las demás; y siendo mujer de un tan poderoso rey como vuestra majestad, á quien como á señor debía servicio, como á marido sujecion, y como á quien la había levantado en tanta alteza, fuera bien que mostrara agradecimiento; con todo eso, llamada, rogada y mandada, ha salido con su teson, y no curando de las muchas obli-

gaciones que tenía, cerrando con ellas y con los daños que al reino podian resultar, no ha querido venir á vuestro mandamiento. Cuando por todos los estados de vuestra majestad se entienda este caso, claro está que dirán nuestras mujeres y todas las demás que no tienen obligacion de obedecernos ni de atenerse á nuestra voluntad y querer, pues la Reina no obedece al Rey; y que pues hubo un no para el sí del Rey, ¿por qué no le há de haber para su vasallo? Y si la Reina se salió con ello, ¿por qué la de menor estado y obligacion ha de ser castigada? Finalmente, con este ejemplo de la Reina resultará que habremos de dejar nuestras mujeres, ó no mandallas, ó matallas. Parecióles á todos los príncipes y señores del reino que decia muy gran verdad el que dió este primer voto; y así, todos, con aprobacion y voluntad del rey Asuero, depusieron á la pobre de la Reina y la privaron de la corona y título real. » De suerte que la razon con que dió torcedor á los entendimientos del Rey y de sus grandes, y con que llevó todos sus votos tras sí, fué ser de mal ejemplo el delito de la Reina; porque, mirándolo por sí solo, no merecía tan riguroso castigo; sola la circunstancia del escándalo le hizo de tanta gravedad. Y entre los escandalosos, los que mas lo son y mas daño hacen son los pecados sensuales. De aquí se entenderá la poca licencia que tienen las mujeres para andar muy galanas y afeitadas, hechas señuelo de livianos; porque con sus aderezos y cabellos y compostura andan hechas redes de Satanás para derrocar almas en el infierno. Bien sé que me responderán que no se aderezan con ese intento ni es esa su intencion; que cada uno tenga cuenta con su conciencia y enfrene su deseo. Pluguiere á Dios que las cuentas que acá se hacen los hombres á sus solas se las pasasen allá; y que los seguros de conciencia que acá se finge cada uno, asegurasen aquel espantoso y terrible día; mas yo he miedo que muchas de las partidas que acá las tenemos nosotros por llanas, las borrará el Señor de la hacienda y no las querrá pasar en cuenta. Dime, desatinada: tú que te amartirizas el rostro y le sacas de sus naturales, y con artificios procuras de parecer otra de la que eres, si Dios quisiera que con otro rostro le sirvieras, ¿no te supiera hacer otro mejor que el que tú te haces? Demás desto, ¿cómo puedes decir que no deseas parecer bien á nadie? ¿Por ventura, cuándo has de salir de tu casa, no gastas muchos ratos en afeitarte, que no los gastarías si no hubieses de salir al sarao, á los toros, á las huertas y á tus paseos? Pues luego, porque te han de ver te aderezas. ¿Y piensas dar á entender á Dios que no es así? Dime mas: si vieses tu basquiña ó tus almirantes ó tu ropa bordada por el lodo, y que un puercito se revuelca sobre ella y la trae entre los piés, ¿no procurarías de quitarla con mucha priesa, y te pesaria de verla tratar así? Pues si una ropa, que con pocos dineros puedes sacar otra, te pesa de verla traer por el lodo, ¿no será mas razon que te pese de verte revolcar en un muladar de muy sucios y torpes pensamientos de un liviano, que por verte compuesta y afeitada ocupa el pensamiento en

mil imaginaciones torpes, haciendo en su desenfundado apetito mas potajes de tí que los que sufriria la mas vil y profana mujercilla de la tierra?

§. VIII.

Y porque no piensen las amigas de las galas y trajes que debe de ser cosa de poca importancia, será bien desengañarlas y decir algo de las invenciones, y de su origen y antigüedad, y de lo mucho que desagradan á nuestro Dios, para que las tales y las que en esto se toman tan larga licencia, cuanto le parece á su apetito, no puedan alegar ignorancia para disculpa y descuento de sus excesos y vanidad y gastos desordenados; y si miramos al principio y origen del mundo, hallaríamos que Dios crió á nuestros primeros padres desnudos de ropas y vestido, y no mas adornados del aparato y galas exteriores que á los demás animales; antes bien menos compuestos y aun casi honestos que á los brutos; pues á una oveja le dió que se sacase la lana consigo, que le cubre y calienta el cuerpo, y al leon su pelo y guedejas, y al javali sus cerdas, y á la ave la pluma, y así de todos los demás animales; y solo al hombre, con ser el señor, el del entendimiento, el de la libertad y el mejorado en todos los bienes y herencia del Padre Dios, á este solo se le dejó sin pluma (como suelen decir), porque le dió una piel lisa, blanda, tersa, delgada y tierna; y ni aun hizo con él lo que con un racimo, que, con darle cuero, y algo recio, le dió tambien hojas, y bien anchas, con que se cubriese. Pero no anduvo Dios tan escaso con el hombre como parece, ni le trató con aspereza y rigor, ni tan como padrastró, que le dejase razon de queja, y que pareciese Dios de manos cortas y escaso con él; porque le sacó vestido de la justicia original (dejemos aparte el sayo de la gracia, que este es aderezo y gala del alma). Esta justicia tocaba al cuerpo y le hermoseaba y cubria todo, y le suplía las veces del vestido; porque, así como agora no nos corremos de que se vea la mano ni el ojo ni la oreja, así, ni mas ni menos, entonces de ninguna parte ni miembro del cuerpo nos corriéramos, ni nuestros padres Adan y Eva se afrentaban. Y así como cuando yo quiero muevo la mano para obrar y el pié para andar, así tambien en aquel estado no hubiera parte en nosotros nuestra, que saliera por solo un punto de nuestro querer y voluntad. Y aun hay una gran diferencia: que agora, aunque no se moverá mi mano si yo no quiero; pero con todo eso la muevo á la obra desordenada y de pecado, porque no puedo medir ni detener mis pasiones que no pasen del punto y tasa que yo quiero; como decir: Quiero enojarme tanto y no mas; quiero que la irascible llegue á este grado y no á estotro. Esto no está sujeto á mi querer y albedrío; mas estúbalo en Cristo Señor nuestro, que era señor de sus pasiones, que mas propiamente se llamaron en él propasiones; porque cuando queria, y cuanto y como queria, se enojaba y se alegraba y se entristecia; y no era como en mí ni en vos, que nuestras pasiones nos llevan y mueven á nosotros, y por eso se llaman propiamente pa-

siones; mas en Cristo, él las movía á ellas; y así se llamaban propasiones, esto es, en vez de pasiones. Pues digo que eso mismo y de esa misma suerte pasaba y pasara en la justicia original si Adán no pecara. Y en cuanto á esto, Cristo tuvo los efectos del estado de Adán antes del pecado. Y pudiera Adán tomar la cólera y saña que quisiera, y la tristeza que viera que le era menester, sin que llegara á ser pecado; y mandar á todos los miembros que, como ó cuando quisiera él hicieran sus operaciones, y todos sus movimientos fueran honestos y los ordenara al bien y actos y obras meritorias y de virtud. Por esta razon no tuvo necesidad de salir vestido como los demás animales en cuanto á la parte que toca á la honestidad. Hay otra segunda causa por donde el vestido no es necesario; esta es, para defendernos de las impresiones del cielo y de la inclemencia y destempe de los elementos; como del frío, de la agua, del calor, del sol y de la helada, y de las demás cosas semejantes á estas. Mas tampoco por esta razon ni para defensa destas miserias teniamos necesidad de vestido; porque con tal temple fuimos criados, que, á no estar el pecado de por medio, no se nos atrevieran los elementos, y todas las cosas nos respetaran y sirvieran como quisiéramos; de suerte que por demás fuera el vestido donde no habia de qué defendernos con él. Fué pues el caso que en pecando Adán y dar consigo en un piélago de miserias y desventuras y descomedirse todo lo criado, todo fué uno; entonces cargaron las dos razones que habemos dicho, por las cuales no tenia necesidad de vestido, y volviéronse contra el miserable del hombre; y luego comenzó á correrse de su desnudez, y afrentóse mas de las partes que llamamos vergonzosas que de las otras; y pienso que la razon desto fué porque, como pecando él, pecamos todos en él y nos perdió en él, y todos habiamos de salir del, y en virtud y semilla estamos todos en él, y por el acto de aquella generacion y de aquellas partes habiamos de ser derivados y producidos; parece que acudió la vergüenza á la parte por donde nos habia de comunicar el daño, como corriéndose y avergonzándose del mal que habia hecho á toda su posteridad y decendencia. Así dió Dios á su pueblo la circuncision en aquella parte, que era como prenda y arra de la promesa que habia hecho á Abraham. Porque (como dice Ruperto) tres conciertos ó pactos y alianzas, ó tres señales dellos, dió Dios á los hombres: el primero fué con Noé, el segundo con Abraham, el tercero con su decendiente ó el sémen, que dijo Dios en que se habian de bendecir las gentes, que lo declaró san Pablo de Cristo nuestro Dios. Y yo lo he explicado en el *Tratado de todos los santos*. Y segun la fe de cada uno de los que recibieron las señales, ó segun lo que queria confirmar con ellas, así las diferenció; y como mas se iba acercando su venida y el cumplimiento de la promesa principal, así iba acercando, y como entrañando y engiriendo en los hombres la señal mas propia y mas significadora del efecto y del concierto que se significaba por la tal señal. Dícele Dios á Noé que quiere enviar el diluvio al

mundo; créelo, hace aquella famosísima carraca, en que se salvó con su mujer, hijos y nueras; sale della, pasada la tempestad y enjuta la tierra; conciértase Dios con él que no desbaratará mas el mundo por agua; para este pacto y alianza dale por señal el arco del cielo que vemos en las nubes. De suerte que le dió señal en aquello que mas natural era al negocio de que trataba; de esa misma naturaleza tomó la señal para quitar el temor del diluvio; porque, siendo cosa que se ve muchas veces, se consolasen los hombres y perdiesen el miedo de ser anegados como la otra vez. La razon es llana, porque el arco que llamamos iris, se hace en las nubes de la refraccion y quebrantamiento de los rayos del sol, que hieren la nube de la parte contraria; y como ella está mojada y espesa, rómpense allí los rayos, y quebrántanse y multiplicanse aquellas varias y hermosas colores. Luego si este galan arco no se puede hacer sino cuando el sol retoca la nube por la parte contraria y baja, síguese necesariamente que en la tierra por donde entonces pasa el sol, no solo no llueve, mas aun que el cielo está sereno. Luego no habrá diluvio general; y así, no hay que temer otro como el pasado cuando vemos el arco. Digo tambien que esta señal en sí no fué nueva; que, pues es cosa natural, ya otras muchas veces se habria visto; mas fué nueva en cuanto entonces el Señor la estableció y la ordenó para esta seguridad y alianza y concierto que hacia con los hombres.

§. IX.

Llega el patriarca Abraham, quiere Dios hacer otro nuevo contrato, y tomar pueblo y casa particular y avecindarse con los hombres; prométele de hacer de su linaje, y para esto dale señal en aquella parte donde se hace la generacion. Por esto solo he traído estas dos señales; y así, dejo la tercera por no detenerme. Decimos arriba que porque por aquella via habiamos de decender, por esto luego que pecó, se corrió y afrentó el hombre de ver aquellas partes desnudas, por la razon ya dicha. Pienso tambien que luego sintieron rebeldía y desórden en sí mismos, y entendieron que en pecando habian quitado el freno á la sensualidad, y echaron de ver movimientos y barruntos sensuales en aquellas partes; y así, comenzaron á correrse de lo que sentian, que hasta en aquel punto no habian experimentado. Viéndose así, determinaron de remediar su daño con un medio harto ruin, que fué con hacerse sastres; y mirando por el jardin, parecióles que la higuera era la que mas anchas hojas tenia, y quizá debia de estar mas á la mano. Hilvanaren algunas dellas, y hicieron sendas cintas, con que se cubrieron como quiera. ¡Mirá qué gentil ropa y á qué miseria los trujo su pecado, y cómo los entonteció! Hé aquí agora nacida la necesidad del vestido y su origen, y cómo son las vendas con que nos tomaron la sangre de las heridas del pecado. Hecho este ruin remiendo, habiendo Dios penitenciado al hombre y á la mujer, determinó de hacerse sastre, é hizoles sendos vestidos de pellejos de animales. Ora fuese que, con cólera que contra nuestros padres tuvo, arrebatase dos

de aquellos animales y los matase delante dellos, para representalles la muerte en que habian incurrido pecando, como algunos dicen; ora fuesen membranas de algunos árboles vellosos, como le parece á Teodoreto; porque la palabra hebrea quiere decir *pellejos y membranas*, y no cree que mató animales para ello; pues (segun el mismo) no crió de cada especie mas que dos, macho y hembra, y no habia de destruir una especie para solo aquello, que esto seria quedar imperfecto el mundo. Y tampoco quiere creer que crió allí algunas pieles para vestillos. Sea lo que fuere, al fin aquel fué el primero vestido del mundo, y Dios el sastre que le hizo, cortó y cosió.

§. X.

Ha sido después tanta la vanidad de los hombres, y ha crecido tan por extremo su malicia, que han llegado á hacer golosina del pecado, y que lo que se dió por sambenito y afrenta, eso sirva de gala y honra; porque preciarse del vestido es como si uno se preciara de traer mas galan y costoso el sambenito que por sus culpas le puso la Inquisicion. Plinio dice que los antiguos frigios fueron los primeros inventores de coser el vestido con hilo y aguja. Atalo, rey de Pérgamo, en Asia, se preció de tejer ropas, y fué el que inventó mezclar el oro entre el paño al tiempo de tejelle. El rey Aralio, que lo fué de los asirios, fué (segun dice Beoso) el que comenzó á dar suelta y á alargar la mano en los trajes y galas mujeriles, concediéndoles perlas y pompas, y otras superfluidades. Es mucho de culpar este rey, porque parte es de buen gobierno la tasa y moderacion en los trajes; y si con las mujeres no tratais de tasa y de buenas costumbres, diráos Aristóteles (y con mucha razon) que la mitad del regimiento falta. Y el mismo dice que la mujer se ha de contentar con menos costoso traje de lo que la ley le concede, pues está claro serle mas honroso el decoro de su honestidad que el de las galas costosas. Y porque se vea lo que sintieron los santos destes excesos y trajes, san Clemente Alejandrino dice que es mayor falta en la mujer darse mucho á lo de sus atavíos que el ser borracha. Ponderacion es esta que, á no ser del glorioso san Clemente, no sé si le consintiera decilla á alguno que él no fuera. Pues llegando san Ambrosio á esta consideracion, no dice menos de que los chapines les sirven de grillos que traen echados á los piés, las cadenas de oro á los cuellos muestran su condicion servil y de esclavas. Muchos autores hay que tienen que los obispos pueden mandar, so pena de descomunión, que las mujeres no se vistan suntuosa ni superfluamente ni como provocan á ser deseadas, y que no se afeiten, y que les obligará el tal mandamiento, por ser en favor de la honestidad. Pues si miramos á la policia romana y antigua, sola media onza de oro se concedia á las matronas nobles para adorno de su vestido y ropas. Lo que mucho espanta es, que Cristo nuestro Dios en el Evangelio pone aquel terrible caso que cuenta san Lucas de aquel rico gloton, impio y cruel, con el pobre de Lázaro

el mendigo, y el primer delito que se le prueba, y de lo primero que lo carga el Espíritu Santo, que fué el que le sustentó el proceso, es que se vestia costosamente y que traia ropas de púrpura y camisas de holanda. Era este desventurado como el gusano de la soda, que él mismo se hace la sepultura, y de seda, á do muere. ¿Quién vió la ceniza cubierta de seda, el estiércol dorado, el muladar con púrpura? Veamos, ¿no le era lícito á este traerse y comer conforme á quien era? No le estaba bien comer mas y vestir algo mas costosamente que á los demás, pues tenia mas hacienda y era mas noble, y no lo hurtaba ni robaba á nadie? No dice que tomaba la hacienda ajena, ni que dejaba de pagar al labrador que sudaba en labrar sus heredades, ni que detenía el salario de sus criados, ni que gastaba su hacienda con mujercillas; no que era homicida, blasfemo, jugador, ni enemistado; sino que vestia, comia y se traia algo mas costosamente; y por esto, y porque no dió limosna, le condenan. Lícito le era tener alguna mas larga y suelta en estas cosas; mas excedia mucho á su estado, y del exceso en vestir y en comer vino á tener poca misericordia con los pobres; y así, aunque el pecado principal de su condenacion fué por ser crudo y sin misericordia, pero el Evangelista nota esotro; porque siendo él hombre demasiado en trajes y en el comer y beber, puestos estos principios, no está en su mano no caer en otros pecados, principalmente en falta de piedad y caridad con los pobres. De aqui les nace á muchos señores que, siendo muy ricos y teniendo á ochenta y á cien mil ducados de renta, andan siempre empeñados, y que no pagan jamás al criado que les sirve y se envejece en sus palacios encantados, ni el sastre puede sacar el salario de su trabajo, ni el catedero es señor de pedir lo que se le debe, ni el jubetero ni el labrador que les vendió su pan, ni nadie puede sacalles un real, y mas fácil fuera «sacar la clava de las manos de Alcides» (como se dice en el proverbio); y se aprovechan de los sudores y trabajos ajenos, y dejan sus estados empeñados y gastados y consumidos, y ellos se mueren sin pagar, y permite Dios nuestro Señor que les suceda un heredero que los deje á mejor librar en un purgatorio, adonde salgan por sus cabales, por no pagar él las deudas de sus antecesores. Todos estos y otros muchos daños trae á un hombre la demasia y exceso en el vestido. Así, el Espíritu Santo le nota estos pecados, porque no se pueden negar; sino que hay algunos que, puestos en el alma son como menores, que no pueden dejar de inferir otros y como parirlos, que les son como hijos. Pues si haciéndose proceso contra el rico, le cargan y alegan los trajes, ¿qué será, y qué se alegrará contra vos, que profesais la pobreza de Cristo y su Evangelio? ¿Vos, á quien os han predicado los paños pobres y las peñas de Belén, delante de cuyos ojos nació Dios en un establo? Vos, á quien os han dicho el *Vulpes foveas habent*, etc.; que las raposas tienen sus covuezas y los pajarillos sus nidos, adonde criar sus hijos, y el hijo del hombre no tiene una teja propia con que cubrir la ca-

beza? Vos, á quien os han predicado que le dieron al Hijo de Dios una mortaja de limosna, con que le envolviesen, y un sepulcro prestado por tres días, adonde descansase, y que de puro pobre comía él y sus discípulos pan de cebada, y que aun para pagar la moneda de la alcabala á los alcabaleros del César no se halló con una blanca, y hubo san Pedro de ir á pescar al mar, y al primer lance la sacó de entre las agallas de un pez? Y finalmente, ¿con qué rigor será condenado el cristiano, viendo que su Señor, su capitán, su príncipe, su Dios, nace pobre, vive pobre, muere pobre y se precia de pobre; si predica, es pobreza; si busca discípulos, son los mas pobres; si les manda algo, es dejar la hacienda? Pues ¿qué espera el que va rico delante del juez pobre? El que se pone de galan para oír sentencia del corregidor roto, desharapado, sabiendo que porque abomina las galas anda él tan sin ellas? ¡Oh locos, vanos, sin seso! Decidme: ¿no sería desatino que, habiendo el juez aborrecido á uno por solo que le topó con espada de noche, topásele otro con espada y daga y con una cota? «Señor, ¿dónde vais á tal hora, hecho un san Jorge? Voy á rogar al Corregidor que saque á Fulano de la cárcel, que le tiene allí por una muerte.» Señor, no vais allá ni os vea con armas, que por mucho menos que esas que vos lleváis, aborció ayer á Fulano; mirá que ese pleito ya está sentenciado en contra, por eso no asomeis por allá. ¡Oh pecadora, loca, sin juicio! Que por solo que aquel rico traía un vestido de púrpura le dan un garrote en el calabozo del infierno, y vas tú á la presencia del tal juez cargada de seda y oro, y con mucha de la perla y del diamante y del rubí, á rogallo que perdona, no á tu vecino, sino á tí misma, y no de la muerte de algun *desuella-caras* que mataste, sino de tu misma alma que metiste en el infierno, y de otras muchas que con tus galas y dijes y afeites y cocos, y desenvolturas y señas hiciste morir en el pecado; y lo que es mucho mas grave, le pides perdón de la muerte del Hijo de Dios, á quien, en cuanto es de tu parte, quitaste la vida pecando, y le volviste á crucificar (como dice san Pablo). Luego no debe ser tan ligera cosa ni de tan poco momento lo de los trajes y galas, como se fingen algunas, que hallan consuelo en sus deseos, y ellas se pintan un dios bien acondicionado y que no mira ni repara en estas menudencias y niñerías (que ellas llaman); unas dicen que siguen el hilo de la gente, otras, que no las ha de condenar Dios á todas; otras, que no lo piden á nadie ni lo toman de la hacienda ajena; como si la compañía en el pecado quitase la culpa dél, y como si, por condenar á todo el mundo, perdiese Dios algo de su casa y de su reputación, y como si el rico de san Lucas no fuera tan rico como ellas, ó lo robara para echárselo á cuestas y comérselo y bebérselo. ¡Ay de vosotros (dice el Señor por Amós) los ricos y gordos de Sion, los puestos aparte y señalados para el día malo, para el matadero y rastro del infierno; los que gozáis de los mejores cabritos y comeis las terneras escogidas y mas tiernas de toda la vacada, Los que comeis al son de las guitarrillas y

los loquillos os dan musica en la mesa! Ay de los que dormís en marfil sobre colchones de pluma y de algodón, con las cortinas de brocado, las colchas bordadas y con recamos, y allí son vuestras torpezas y lascivia; los que bebeis en oro y comeis en plata, los afe-minados, los de los olores, ungüentos y los ambares! «Yo he jurado por vida mia (dice el Señor de la caballería del cielo), y á fe de quien soy, que tengo aborrecida la soberbia de Jacob, y que no puedo ver sus casas entapizadas.» ¿Qué mayor maldad se puede decir que esta delicadez? Que duerman en camas de marfil. ¿Por ventura la cama mas costosa hace el sueño mas suave? ¡Oh engaño y ceguedad de los hijos de Adán! Y ¿no te contentarías con las de un rey, y no de cualquiera, sino de los mas poderosos? ¿De aquel que decía: «Lavaré cada noche con lágrimas mi lecho»? No era todo de brocados, mas de lágrimas, y no una sola noche, mas todas lo lavaba con ellas. ¡Cuántos pobrecitos duermen por esos portales, sin tener siquiera un pedazo de estera en que recostarse! Pero volvamos á las galas, donde nos salimos. El vestido costoso ¿calientate quizá mas en invierno ó es mas fresco de verano? ¡Oh santo Job, y qué diferente era el vuestro de los que agora traen los hombres vanos y livianos del mundo! «Cómeme un saco sobre las carnes (dice Job), y cubrí mi cuerpo con ceniza; vestíme de jerga, y el cilicio era mi gala, porque conocia bien lo mucho que desagradaba á Dios la pompa y exceso del vestido.» Y allá por Sofonías: «Hará el Señor visita (dice el Profeta) sobre los varones que visten á lo extranjero.» Habia dado el pueblo de Dios en mudar de trajes y hacer el vestido al talle de las naciones bárbaras y extranjeras; enfermedad propia de señores y de gente de palacio; porque solos los que poco pueden y los labradores y gente plebeya, esos son los que guardan el traje paterno y el antiguo de sus abuelos; los de la corte y casas reales son los de las invenciones; y así lo hacian entonces el Rey y los caballeros en aquel pueblo de Dios. Sintiólo tanto, que dice que «hará una visita general», y castigará asperísimamente á todos los que, dejado su ordinario y antiguo traje, se visten á lo extranjero, como se hace agora á la italiana y á la tudésca. Luego no debe de ser de tan poco momento, pues la visita que les hizo fué, que salió el rey Joaquin y la Reina, sus hijos y criados, y los príncipes del reino, á entregarse en manos del rey de Babilonia, y él llevólos cautivos á su tierra, y con ellos toda la flor de la gente de guerra, y casi despobló á Jerusalem, sin dejalle sino la gente plebeya y pobre. Y adviértase de camino que, queriendo castigar Dios los muchos pecados que aquel su pueblo cometía, envió á Nabuco, rey de Babilonia, que en venganza de sus yerros, lo volviese á la tierra de sus padres. De allí los habia sacado. Gran merced habia sido tomar de la mano á su padre Abraham y decirle él: *Egredere de terra tua*. Y pues sus hijos no conocieron ni sirvieron ni agradecieron merced tan extremada, sea su castigo que los vuelvan á do salieron. Debe de serlo sin falta, y muy grande, que, habiéndolos Dios sacado de un peligro;

pues, como ruin y desagradecido, no lo supistes conocer ni servir, que os deje caer y tornar otra vez á él, y que allí murais y acabeis. Alababa un día Jesucristo á su gran amigo y privado el Bautista, y dice á un gran auditorio que tenia á la sazón que predicaba: ¿Qué pensais que saliades á ver al desierto cuando dejábades vuestras casas y ciudades, y ibades en busca de Juan el Bautizador? ¿Pensábades que era algun cortesano de los que rozan seda y arrastran brocado, de los que traen la holanda ó la felpa, y las martas cebellinas y los raposos ferreres? Estos allá viven en los palacios y cortes de los reyes del mundo. Anda Juan con una piel de camello mas áspera que cilicio, los miembros desnudos, quemados del sol, el rostro tostado, que apenas tiene talle de hombre, que este es el traje de que se agrada Dios. Paréceme que cuando el ángel dijo á Zacarías, el padre de san Juan, que «iría delante del Señor en espíritu y virtud de Elías», pudiera tambien añadir, y aun en traje, y todo; porque ese era puntualmente el que traía aquel famoso Elías, y estas eran las señas por donde le conoció Josías, el rey de Israel. Estas eran las sedas y las galas de los amigos de Dios. A vos no os conocerán por Elías, sino por liviano y sin seso. «El vestido del cuerpo y la risa de los dientes y el movimiento del cuerpo, dice el Sabio que descubre quien es cada uno.» Vuestro traje, vuestra risa demasiada y descompuesta y vuestro meneo y pasos lacivos y muelles os apregonan, y dicen vuestra disoluta vida. Que estemos cargados de pecados, y que nos llame Dios á penitencia, y que nos diga que si no la hacemos pereceremos todos, y que muestre el cómo se ha de hacer, y que dé voces Isaias y diga: «Llamó el Señor Dios de los ejércitos en aquel día á los hombres á llanto, á lloro, á cilicio, á saco, y á que se rayesen las cabezas, en señal de duelo y tristeza; y los locos, en vez de acudir á estas cosas, dábanse á galas y regocijos y á comer y beber.» Pues yo oí una voz de Dios que me hizo zumbiar las orejas diciendo: «No les perdonaré esta maldad hasta que mueran.» ¡Qué! ¿En tiempo de penitencia, gala? En tiempo de cilicio, seda? En tiempo de ceniza, guirnalda? ¡Oh locas! Peca Israel en el desierto y adora un becerro, y dícele Dios: «Andad, desnudaos, dejad las galas; que quiero pensar cómo os tengo de castigar.» No puede ver Dios al pecador galan. Pues si para hacer penitencia los manda Dios desnudar y dejar las galas. ¿cómo tú te las pones para ir á la presencia de Dios? ¿Dios airado, y tú enojada? Dios amenazando, y tú afeitada? Dios bravo, y tú con sedas? ¿No sería desatino que para llevar al otro á la hoguera se hiciese hacer librea y un vestido bordado? Pues ¿cómo? ¿Que te lleven á tí á la hoguera del infierno, y que te vistas y engalanes para eso? Siempre las galas fueron aborrecidas y despreciadas de las mujeres santas. Cuando la tan famosa como hermosa Judit se determinó de poner en ventura su vida por remediar la de sus ciudadanos, dice la sagrada historia suya que sacó todas las mejores galas y joyas de su cofre, y se compuso con mucho cuidado; y segun dice el texto, no eran pocas. Quedó con una her-

mosura incomparable y que llevaba tras sí los ojos de cuantos la miraban; mas advierte la Escritura que sobre la hermosura natural que ella se tenia, y era mucha, le puso Dios cierto resplandor y una gracia mas particular, y le dió no sé qué luces y lustre, y un particular espíritu en los ojos y en todo el rostro, que la hacia mas admirable y amable á los ojos de todos; y dando la razon de por qué Dios la paró tan linda y bella, dice: Porque toda esta compostura y atavío dependia, no de lujuria ni liviandad, sino de una verdadera virtud y necesidad, nacida del peligro y tiempo en que se veía. De suerte que en tiempo de la necesidad, y cuando ha de nacer algun bien del prójimo ó se ha de hacer servicio á Dios, licencia y vez propia tiene la gala y el cuidado de la basquiña y de la suya; mas tanto, que haga olvidar lo del alma y conciencia, eso es lo malo y lo que es culpa. Cuando la delicadísima Ester, que por la terneza de las plantas apenas podía andar sin arrimar la mano sobre el hombro de alguna de sus criadas, hubo de entrar á vistas á los ojos del gran rey Asuero Artajerjes, dice su historia que no curó de la compostura y adorno mujeril, sino que se contentó con solo lo que el eunuco Egeo, guarda de las damas, le quiso dar. Y después, en aquella oracion que hizo, rogando á Dios por el remedio de su pueblo, entre otras cosas que de su parte alega en favor de su demanda, una es que le dice á Dios: «Bien sabes tú, Señor, la necesidad y aprieto en que me veo, y tambien entiendes cuánto abomino las señales de mi soberbia y gloria que traigo sobre la cabeza los días que soy forzada á salir donde me vean los ojos humanos, y que me es detestable mas que lo sabria encarecer; y sabes, Dios mio, que cuando vuelvo al rincon de mi silencio, y adonde no me obliga el contento del marido, que lo deajo y desprecio, contenta con solo parecer bien á tus divinos ojos.» De suerte que esta santa y hermosísima reina mas queria agradar á Dios que á los hombres, y mas se preciaba de buena que de galana, y mas queria adornar el alma que afeitar el cuerpo. Sabia cuánto aborrece Dios el exceso del vestido, y qué tales habia prometido Dios de parar las damas y doncellas de Sion por esta misma culpa de los trajes. Pone espanto la invectiva que hace Isaias contra ellas; cuyas palabras espantosas pondré aquí para que las de nuestro tiempo y tierra se confundan y teman y esperen otro tanto por su casa, como aquí dice Isaias que haria Dios con aquellas. Dice pues así: «Porque se me han engraido las hijas de Sion, y andan cuellierguidas con los ojos halconeros deshollinando ventanas, y porque se van cantoneando por la calle, componiendo los piés, por esto Dios las hará calvas y les pelará el cabello. En aquel día las descompondrá el Señor, quitándoles los botines argentados y los zapatillos de carmesí y de raso azul cairelados de oro, y prendidas las cuchilladas con lazos de perlas, y los chapines bordados. Quitalles ha tambien los collares de diamantes y rubís, las manillas, las ajorcas, las guirnalda y almirantes, el escarpidor de oro, las plumas y los airones, los zarcillos y perlas